

HOMENAJE DE LOS ESCRITORES, LIBREROS Y EDITORES DE MADRID

(En la imposición de la Medalla al
"Mérito en el Trabajo" al Presidente
del Gremio de Libreros de Madrid,
Melchor García Moreno. Círculo
de Bellas Artes. 31 octubre 1953)

M A D R I D

1 9 5 3

Ayuntamiento de Madrid

FM/ 2.028

HOMENAJE DE LOS ESCRITORES, LIBREROS Y EDITORES DE MADRID

(En la imposición de la Medalla al
"Mérito en el Trabajo" al Presidente
del Gremio de Libreros de Madrid,
Melchor García Moreno. Círculo
de Bellas Artes. 31 octubre 1953)

M A D R I D

1 9 5 3

Ayuntamiento de Madrid

R/98.011



BOHÉN ALE DE LOS
ESCRITORES LIBEROS
Y EDITORES DE MADRID

En el mes de Mayo de 1884
se celebró en el Hotel de Madrid
una reunión de los señores
que componen el Consejo de
Administración de la Biblioteca

El homenaje que los escritores, libreros y editores madrileños ofrecieron al Presidente del Gremio, Melchor García Moreno, en el Círculo de Bellas Artes, con motivo de la imposición de la Medalla "Al Mérito en el Trabajo", que le fué impuesta por la ilustre escritora doña Carmen de Icaza, dió lugar en ese acto a que se pronunciaran varios discursos, que ahora se publican:

Discurso del Presidente del Círculo de Bellas Artes y Presidente honorario de los libreros de Madrid, excelentísimo señor don Eduardo Aunós.

Discurso y lectura de una carta de la eminente escritora doña Concha Espina



*por el excelentísimo señor don Wenceslao
Fernández Flórez.*

*Discurso de la ilustre escritora doña
Carmen de Icaza.*

*Unas palabras de gratitud del homena-
jeado.*

Al publicar este folleto se rinde un ho-
menaje a los escritores, a los amantes del
libro y a los que ejercen la noble profesión
de este comercio; a todos ellos esta publi-
cación va dirigida.

*A mi gran amigo Juan Samperlayo
con todo afecto y un abrazo*

Melchor García

21- Octubre 1989

**Solicitud dirigida al Excmo. Sr. Ministro
de Trabajo**

Excmo. Sr.:

Los abajo firmantes, escritores de profesión, a V. E., con el debido respeto tienen el honor de exponer:

Que a todos nos consta la meritoria labor, digna de encomio, llevada a efecto, desde hace largos años, por don Melchor García Moreno, decano por derecho propio de los Libreros de Madrid, quien en el desempeño de su profesión ha hecho en beneficio del libro español el más alto servicio que puede prestarse a un medio tan eficiente de la cultura como es la difusión del saber humano.

En tan noble misión, don Melchor Gar-

cía Moreno ha puesto de relieve, no sólo su entusiasmo y fervor, sino su labor incansable a lo largo de más de cincuenta años de esfuerzo, dedicada al libro.

De todo el mundo es conocida esa labor en la que don Melchor García ha dejado las mejores horas de su ya larga vida en provecho de la cultura española. Los más ilustres ingenios españoles de la época de sus comienzos, tales como Menéndez Pelayo, Canalejas, Cánovas del Castillo, Castelar, etc., honraron con su amistad y devoción al Presidente del Gremio de Libreros de Madrid, señor García Moreno; por eso, nosotros, siguiendo esa misma trayectoria, consideramos que su esfuerzo debe ser premiado con el máximo galardón que suele concederse a las personas que, por sus dotes de laboriosidad, trabajo y eficiencia son dignas de la estimación que supieron ganarse, y bien merece que esa estimación se manifieste de una manera oficial y pública.

Don Melchor García Moreno ha sido, y sigue siendo, el alma del Gremio de Libreros, a los que ha sabido agrupar en el mismo afán que a él le mueve, transmitiendo a todos su culto por el Libro Español y elevando con su ejemplo la dignidad de su profesión, dándole el rango que le corresponde.

Teniendo en cuenta esta brillante Hoja de Servicios en pro de Nuestra Cultura, que los abajo firmantes tienen el honor de poner en conocimiento de V. E., estamos seguros de que con su claro espíritu de justicia tendrá a bien otorgar la Medalla del Trabajo a tan infatigable trabajador como es don Melchor García Moreno.

Gracia que esperan alcanzar de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid, 28 de marzo de 1953.

José Martínez Ruiz «Azorín», Jacinto Benavente, W. Fernández Flórez, Concha Espina, Carmen de Icaza, Eduardo Aunós,

José María de Cossío, Gregorio Marañón, Julio Casares, José Francés, Joaquín Calvo Sotelo, Melchor Fernández Almagro, Agustín González y Amezúa, Rafael Narbona, Julián Pemartín, Adriano del Valle, Carmen Laforet, Alfredo Marquerie, Camilo José de Cela, Josefina Carabias, Elena Quiroga, Dionisio Ridruejo, Angeles Villarta, Rafael Bautista Moreno, Julio Angulo, Enrique Llovet, Francisco Bonmatí de Codecido, Matías Prats.

Excmo. Sr. Ministro de Trabajo.—Madrid.

Concesión de la Medalla «Al Mérito en el Trabajo»

Con esta fecha el Excmo. Sr. Ministro de este Departamento me dice lo que sigue:

«Visto el expediente tramitado por la Delegación Provincial de Trabajo de Madrid, sobre concesión de la Medalla del Trabajo a don Melchor García Moreno; y

Resultando: Que un numeroso grupo de escritores elevó escrito a este Departamento, en el que solicitaba le fuera otorgada al señor García Moreno la Medalla «Al Mérito en el Trabajo», alegando al efecto que dicho señor, Presidente del Gremio de Libreros de Madrid y Decano por

propio derecho de los componentes del mismo, ha prestado y sigue prestando, a pesar de su avanzada edad, el más alto servicio que puede prestarse a un medio tan eficiente de la Cultura como es la difusión del saber humano, y no contento con su labor personal, desarrollada a lo largo de cincuenta y siete años de esfuerzo, ha sabido inculcar y transmitir su amor hacia el Libro Español, siendo un vivo ejemplo de vocación y ejemplar laboriosidad;

Resultando: Que reunida la Junta Consultiva de la Delegación Provincial de Trabajo de Madrid, a fin de dar cumplimiento a lo prevenido en la Orden de 12 de mayo de 1943, emitió informe favorable a la pretensión deducida;

Considerando: Que creada la Medalla del Trabajo por Decreto de 14 de marzo de 1942, como la más alta condecoración de carácter civil destinada a recompensar los méritos extraordinarios en la vida laboral,

procede otorgarla a don Melchor García Moreno, por cuanto los hechos alegados y provados en el expediente tramitado al efecto, se encuentran claramente comprendidos en el inciso j) del artículo 9.º del Reglamento de 25 de abril de 1942;

Vistas las citadas disposiciones;

Este Ministerio, de conformidad con el dictamen de la mencionada Junta Consultiva y a propuesta de la Sección Central de Recursos y Recompensas, ha acordado conceder a don Melchor García Moreno la Medalla «Al Mérito en el Trabajo», en su categoría de Plata de segunda clase.»

Lo que traslado a V. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a V. muchos años.

Madrid, 17 de junio de 1953.—El Subsecretario, **Francisco Ruiz Gerardo**.



Discurso pronunciado por el Excelentísimo Sr. D. Eduardo Aunós

Señoras, señores:

Nos hemos reunido aquí, no en un acto protocolario y formal. Nos hemos reunido en un acto de camaradería para premiar a un hombre. Un hombre como don Melchor García, que por la dedicación plena de su vida a una actividad ha merecido la Medalla del Trabajo. Por eso, estas palabras que como Presidente del Círculo de Bellas Artes debo pronunciar, van dirigidas al amigo, al hombre trabajador y al decano de los librereros de Madrid, así como a todos los que me escucháis, que en una u otra forma habéis participado de su triunfo, de su voluntad de vencer dificultades y circunstancias adversas por el afán

diario de una noble profesión, porque el librero es el intermediario entre el escritor, que pone a contribución su inteligencia, su cultura y sus dotes peculiares en beneficio de los lectores, quienes, merced a su consejo y cuidados, pueden libar las mieles de la supremacía intelectual, y todos, cada cual a su manera, habéis contribuido a ennoblecer la digna profesión de librero.

Pocas veces el Círculo de Bellas Artes se habrá visto honrado, y de ello doy fe como Presidente, al menos durante la fase de mi actuación, al ofrecer sus salones para celebrar el triunfo de una vocación y la continuidad en un trabajo nobilísimo, como en esta ocasión que nos reúne, en que todos ponemos palabras y corazón para felicitar al hombre íntegro, amigo de todos con la más fina y sincera cordialidad y compañero de muchos también, con un sentido de responsabilidad y colaboración entrañables. Un hombre que no se ha

hecho viejo, porque sobre la edad está su firme voluntad de trabajo y de victoria, y es esto, y no otra cosa, lo que permite vencer el peso de los años. Por esa maravillosa virtud del espíritu puede, en verdad, decirse que cada uno tiene ya, no la edad que representa, sino la que quiere tener.

Este homenaje, modesto, pero afable y caluroso, es, en conclusión, un homenaje en la persona de don Melchor García como elemento más destacado del Gremio de Libreros, y a todo el Gremio en general, y por eso la mayor parte de los que me escucháis podéis considerarlo como propio, ya que la sencillez y la hombría de bien de don Melchor se sentirán satisfechas al compartirlo con sus compañeros de dichas y fatigas. Que sigamos, me permito decir, en nombre de todos, viendo muchos años a este incansable trabajador rindiéndonos aún el fruto de su amistad y de su laboriosidad y de su virtud.

He dicho.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo Sr. D. Wenceslao Fernández Flórez

Es esta una de las veces en que con mayor satisfacción y mas espontáneo impulso asisto a un acto de homenaje. En la vida de pocos hombres, sea cual fuere su profesión, concurren tantas y tan valiosas circunstancias como en la de don Melchor García para merecer el público reconocimiento de sus méritos. No sólo es un ejemplo difícilmente inigualable de competencia y sabiduría en aquello a que dedicó durante tan largos años su actividad, sino que, a la par, alcanzó con sus personales condiciones la consideración, el respeto, la amistad unánimes. Aleccionador y bondadoso, supo dar a su trato la senci-



llez cautivadora de quienes por ser ricos de bienes espirituales gustan de compartirlos cordialmente con los demás.

Don Melchor García es la realidad en que puede estudiarse cuántas prendas de difícil logro es necesario reunir para el ejercicio de la librería. La extensión de sus conocimientos en cuanto a tales particularidades se refiere es asombrosa, y sólo con una muy duradera dedicación y una inteligencia incesantemente cultivada pudo haberse logrado, sobre el don natural de una singularísima sensibilidad para negocio tan arduo y delicado como el de los libros.

Cuantos con él hemos tenido trato o relación, no sólo lo admiramos, sino que le profesamos estimación y amistad.

Pienso yo que no es él quien debe dar gracias por esta Medalla del Trabajo que va a lucir en su pecho, sino nosotros, los escritores, los lectores, los amantes todos de los libros, quienes tenemos con él una

deuda de gratitud por su labor excepcionalísima, que no queda saldada con este acto, sino que hemos de ir pagándola cada día con nuestro cariño y nuestro respeto.

La insigne escritora Concha Espina me ha conferido el honor de leer ante vosotros unas cuartillas escritas para la jubilosa ocasión presente. Pero quiero que anteceda a las palabras de la gran novelista este saludo mío al incomparable Presidente del Gremio de Libreros, con mis plácemes y mi afecto más entrañables.

**Carta de la eminente escritora doña
Concha Espina**

Mi querido amigo: Esta veteranía de usted, ya tan meritoria y ejemplar, como regidor honorable de los libreros, es uno de los ambientes españoles que me dieran más quehacer durante largo tiempo, y que aun me reclama con ilusiones invencibles.

Por eso, este agasajo que multitud de escritores le ofrecemos a usted hoy en Madrid, me invita con fuerte sugestión a romper la voluntaria clausura que me recluye sola, hace quince años, anochecida como cuando España lo estuvo, y como ella iluminada por la fe y el amor en Ella misma.

Pero tampoco en estas circunstancias



incitantes quebrantaré un aislamiento obediente al propósito de no interrumpir las fiestas alegres sin el recobro de mi propia alegría.

Si esto fuera egoísmo, en cambio no lo es el sentimiento fervoroso de esta adhesión con que le rindo a usted mi desinteresado tributo de cariño, mediante una voz amiga que honra mi ausencia con su alto prestigio indiscutible.

A favor suyo mi felicitación se permite lucir su pura sencillez; porque mis libros se venden con una lentitud que sería desconsoladora para un corazón menos joven y menos valiente que el mío. Yo no tuve nunca un éxito de librería en mi país. Mis ediciones, humildes en cuanto a brevedad, suelen dormir soterradas en su origen nativo ya caudaloso.

No obstante, me siento muy unida al patriarcado de su presidencia gremial por el vínculo de este laurel que a usted le condecora aquí como flor siempreviva, ga-

iardón que ostento yo también con el máximo orgullo entre las veneras literarias que me abruma de gratitud.

Y ambiciono que estas medallas nuestras al Mérito en el Trabajo, sean entre usted y yo el más seguro y noble testimonio de una indeleble fraternidad.

Así lo desea para su íntimo gozo esta verdadera amiga de usted.

El Ayuntamiento de Madrid ha acordado en su sesión de 15 de Mayo de 1900, que se abra un concurso para la construcción de un edificio destinado a servir de cuartel de la Guardia Civil, en el barrio de San Francisco, sito en la calle de San Francisco, número 10. El edificio tendrá una planta de 10 metros de anchura por 20 de longitud, y una altura de 12 metros. El terreno que se adjudica para la construcción del edificio, mide 10 metros de anchura por 20 de longitud, y está situado en el barrio de San Francisco, sito en la calle de San Francisco, número 10. El concurso se abrirá el día 15 de Mayo de 1900, y se cerrará el día 15 de Junio de 1900. El Ayuntamiento de Madrid se reserva el derecho de aceptar o no el concurso, y de modificar las condiciones del mismo en cualquier momento.

Discurso pronunciado por la ilustre escritora doña Carmen de Icaza

Señoras, señores, amigos todos:

Vais a permitirme que en esta ocasión me dirija con preferencia a nuestro homenajeado don Melchor García. Mi querido don Melchor, puede usted estar seguro de que este acto de prender en su pecho, en representación del excelentísimo señor Ministro de Trabajo, esta Medalla del Mérito en el Trabajo, es para mí un orgullo y una alegría. Un orgullo, porque honrándole en nombre del Estado español, me honro profundamente a mí misma; y una alegría, porque considero que pocas veces se habrá otorgado esta laureada del callado esfuerzo, de la anónima lucha en las trincheras

del diario batallar con mayor justicia. Tiene usted, mi respetado don Melchor, una brillante hoja de servicios, jalonada de aciertos y conquistas. De unas conquistas que, particularmente, sólo íntima satisfacción le habrán reportado, pero que para esta gran familia espiritual que formamos autores, editores y libreros, han significado mucho. Encarna usted para todos nosotros un símbolo: el del hombre que desde un pequeño espacio vital, desde un área reducidísima de acción, ha sabido, a través de los años y de los lustros, ir ganando y afianzando un nombre y un prestigio, que ha redundado en prestigio y enaltecimiento de su magnífico hijo espiritual: el Gremio de Libreros.

No voy a hacer aquí historia de su historia. Otros amigos suyos, maestros míos, lo han hecho ya. En el documento que todos conocemos y que lleva la firma de las máximas glorias de nuestras Letras, se hace referencia a su vida ejemplar de pa-

triarca del libro, a cuanto usted ha laborado en pro de su difusión y, por tanto, de la cultura hispánica. A su recia hombría de bien, a la laboriosidad, la energía y el vibrante y juvenil entusiasmo que durante más de cincuenta años de vida profesional han sido sus características. Pero aun queda algo que decir. Don Melchor, yo quisiera en este instante en que suenan en torno al suyo los nombres de los viejos contertulios de su afamada *rebotica*, unir a la lista otro nombre, que bien sé que ni ellos ni usted han olvidado: el de mi padre: Francisco A. de Icaza, gran amigo suyo. De sus labios he oído muchas veces en mi infancia: «Estuve un rato en casa de Melchor García...» ¡En casa de Melchor García! Quizá encierre el término la más hermosa faceta de toda su fecunda actuación. Eso es lo que supo usted hacer desde un principio de un establecimiento: Una casa, es decir, un hogar. Hogar del libro, que en sus anaqueles era cobijado



con amor. Hogar del autor, que al calor de su simpatía y de su chubesqui, instaló en su trastienda su tertulia. Hogar del librero, que sabía que en todas sus vicisitudes y preocupaciones tenía donde acudir. Y hogar también de ese transeúnte desconocido que, al detenerse ante su escaparate, sentía la tentación de penetrar en su mundo privado, atraído tal vez por el dibujo de una cubierta o lo sugestivo de un título. Y que allí se encontraba con usted. Y de trashumante se convertía de pronto en *afincante*—¡válgame el galicismo!—. Es decir, en hombre que echa raíces, en parroquiano, en amigo, en lector.

Y es esta facultad de transforma al indiferente en apasionado lo que nos conduce al sentido de misión que usted, don Melchor, y todos los que le siguen, el gran ejército de los libreros españoles, han sabido imprimir a su cometido. Hablo por experiencia. En mis peregrinaciones a través de nuestra España, en función de

unos quehaceres de orden social, he penetrado muchas veces en la única y modesta librería de un pueblo o de un villorrio, donde el dueño o el dependiente me acogían siempre con la misma afabilidad. No peco de exagerada al decir que, ignorando por completo mi parentesco de oficio, ya a los pocos instantes se había establecido entre nosotros esa onda de simpatía que une a los de una misma fibra humana. El librero o el aprendiz de librero no vivía en medio de su mercancía una existencia vegetativa, ni la despachaba alegremente, cual si se hubiera tratado de un género cualquiera, sino que lo hacía con íntimo conocimiento y sentido de la responsabilidad. Como hombre que en sus horas de reposo ha seguido meditando sobre su propio significado y sentido en la convivencia social.

—Lleve ése, si quiere. Se vende mucho, pero es malo—me han dicho alguna vez.

Otras, en cambio, me han recomendado:

—Es un libro que no compra nadie. A mí me encanta.

Y yo salía de aquella tiendecita llevándome debajo del brazo lo que junto a su llar pueblerino había conmovido a aquel modesto hijo suyo, don Melchor, a aquel hermano vuestro. Y al leer la obra, a mi vez, en la fonda de un pueblo, de cuyo nombre no puedo acordarme, tenía que reconocer que, generalmente, vuestro colega estaba en lo cierto. Que por instinto, por intuición, o mejor dicho, por vocación, había sabido convertir una rutina comercial en una misión. ¡Vendedor de libros! ¡Ahí es nada! Algo así como vendedor de felicidad.

De Tomás de Kempis, trazadas en un ejemplar de su *Imitación de Cristo*, es aquello de: «He buscado en todas partes el sosiego y no lo he encontrado sino sentado en un rincón apartado con un libro en las manos.» Y de San Agustín este pensamiento: «Cuando oramos, hablamos con

Dios, mas cuando leemos, es Dios quien habla con nosotros.» Pero si recordáramos todo lo hermoso que se ha dicho sobre ese país de las maravillas que es un buen libro, no acabaríamos nunca. Permitidme una única cita más, que viene a cuento: «Casa sin libros es casa sin dignidad», dijo Edmundo de Amicis.

Amigo don Melchor, amigos libreros, ¡cuánta dignidad hay en vuestras casas!... Ciertamente es que todos sabemos que entre muchas cosas buenas, alguna que otra bomba atómica viene de fuera a deslizarse en vuestras estanterías. La manejaís con recelo. ¡El libro y el cine, los dos grandes forjadores de mentalidades de nuestra época actual! Aun hace unos días se ha levantado en una gran Academia extranjera la autorizada voz de un anciano filósofo para combatir los virus corrosivos, que, merced a cierta literatura, van infiltrándose en la juventud de Europa. Nosotros en España tenemos felizmente nuestras de-

fensas contra esas invasiones. Porque detrás de esa censura, que algunos critican y muchos, los más conscientes, bendecimos, estáis, hombro con hombro, vosotros los libreros. Con vuestro criterio recto. «Esto es bueno. Esto es malo.» En el fondo no hay más que dos divisiones: el sector de lo que cultiva, de lo que eleva, de lo que ennoblece o de lo que, sencillamente, distrae, pero de un modo sano. Y el sector de lo que envenena, que agría, que enturbia, que mancha. Por eso, vosotros, lo mismo que no pondríais entre las manos de vuestros hijos adolescentes un libro que dañara a su integridad, torcéis el gesto cuando os es dado difundir una de esas obras sospechosas.

¡Libreros españoles, avanzada de cultura y de gravedad!

Don Melchor García, permítame que considere que al tener el honor de prender en su solapa esta Laureada del Trabajo, que, como todas las cruces de guerra, ha

sido ganado con sangre, sudor y lágrimas, tenga la impresión—y sé que interpreto su sentir—de que he prendido una gran Laureada colectiva en el pecho de cuantos, siguiendo sus pasos y su ejemplo, forman la gran familia de los libreros españoles.

Palabras de agradecimiento de don Melchor García

Señoras, señores:

Por mi estado de ánimo, unido a que ya flaquea mi memoria, siento no poder manifestaros en estas breves líneas cuán grande es mi emoción con vuestra presencia en este íntimo acto en honor mío.

Mi agradecimiento al excelentísimo señor Ministro al otorgarme la Medalla al «Mérito en el Trabajo», Medalla por la que siento una vanidad sin límites, rayana en el orgullo, con mayor presunción de otra con que he sido agraciado, porque ésta tiene el inmenso mérito de haber sido solicitada por las firmas más selectas e ilustres de nuestros literatos y comediógra-



fos, firmas que guardaré como recuerdo imperecedero.

Quisiera en este momento saber expresar cuánto siento en el fondo de mi alma para agradecer este galardón, que lo debo a la iniciativa de nuestra insigne e ilustre Carmen de Icaza, de quien recibo el alto honor de ser esta preclara escritora quien acaba de hacerme la imposición de la Medalla.

Mi reconocimiento más efusivo a nuestro querido amigo el excelentísimo señor don Eduardo Aunós, Presidente honorario del Gremio de Libreros de Madrid y Presidente de este Centro de Cultura, quien ha puesto toda su voluntad y cariño en la celebración de este acto.

No debo silenciar la deuda contraída con mi querido amigo el Director gerente de «Lifesa», don José María Terrazas, y con la Comisión organizadora, que tanto interés se han tomado por esta concesión, que, sin modestia falsa, no creo merecer.

Y a vosotros, mis íntimos los libreros, he de manifestaros con toda sinceridad que esta distinción la considero como simbólica, puesto que esta Medalla es vuestra, porque cuanto soy lo debo al Gremio de Libreros Madrileños, y que al agradecerlos con la expresión más elevada a todos los que pertenecéis a la noble profesión del libro, vuestra valiosa colaboración en este inmerecido homenaje, solamente puedo expresar mi gratitud, deseando de todo corazón perduren los lazos de unión que siempre hemos mantenido.

No sé deciros más, sino expresaros mi reconocimiento con las palabras más sencillas, pero dichas desde el fondo de mi alma, gracias a todos.

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

Sáez - Madrid

Ayuntamiento de Madrid

